

panteísmo tiene de falso y la falsa consecuencia que de él sacan los ortodoxos. Según éstos, toda doctrina que se aparta del cristianismo tradicional conduce fatalmente al panteísmo; de suerte que no quedaría á las sociedades modernas otro recurso que volver á la ortodoxia, y naturalmente, á la más ortodoxa, á la Iglesia de Roma. ¿Quién no ve que la acusación de panteísmo es un arma de guerra para los partidarios de lo pasado? Basta señalar el ardid, y es inútil detenerse á deshacerlo. Por nuestra parte no somos ni panteístas ni católicos, y hay millares de cristianos que siguen el mismo orden de ideas. Lo cierto es que los protestantes que se habían afiliado á la bandera de los *Amigos* habían dejado de ser cristianos á la manera de los ortodoxos, y no es probable que hayan vuelto á los altares que habían abandonado. La caída de los *Amigos de la luz* no prueba en favor de la ortodoxia ni en contra del protestantismo liberal; prueba únicamente que el movimiento era más filosófico que religioso, y que los elementos cristianos que entrañaba no tenían bastante poder para arastrar á las Iglesias ó para arrostrar su resistencia. También fué precedida la revolución del siglo XVI de muchos ensayos infortunados. ¿Qué de errores, qué de preocupaciones no había en las herejías de la Edad Media! Pero había también en ellas una parte de verdad, y la verdad es indestructible. En el siglo XV podía creerse en la victoria definitiva del catolicismo; y, sin embargo, á la voz de Lutero, la mitad de la cristiandad se separó de Roma. Lo propio sucederá con el protestantismo liberal: desaparecerán los excesos del panteísmo y sobrevivirá lo que hay de verdadero. Fáltale hasta ahora una de esas personalidades que subyugan á las masas; los grandes hombres no vienen sino cuando el terreno está preparado; no faltarán al cristianismo liberal cuando llegue el momento. Para dudarle sería preciso negar la Providencia.

#### N.º 2.—La Asociación protestante.

##### I.

Una ciega reacción siguió á la tempestad del 48; apoderóse de los espíritus un inmenso terror al ver amenazadas las bases del orden social, y la ortodoxia protestante se aprovechó del terror tanto

como la Iglesia de Roma. ¿Fueron acaso súbitamente iluminados por la gracia divina todos los que no creían ya en la divinidad de Jesucristo, ni en los milagros, ni en los misterios? Los incrédulos del 47 ¿se convirtieron en creyentes en el 48? Un protestante que por la sinceridad de su fe podría contarse entre los ortodoxos responderá por nosotros; mas ántes de oír á Rothe, es necesario que demos á conocer á nuestros lectores la existencia de una sociedad llamada á jugar un gran papel en los futuros destinos del protestantismo. Lleva el nombre de *Asociación protestante* (1), y se ha formado con el fin de velar por los intereses generales del protestantismo alemán. Esto es vago, y vamos á tratar de precisarlo más, aunque la cosa no deja de ofrecer dificultades. Hay en el genio alemán algo de flotante y de indeciso; y cuando se intenta dar precisión á ideas nebulosas, se corre el riesgo de ir mas allá del pensamiento de los que las han emitido.

Muchas personas han observado con dolor que, después de haber marchado la Iglesia y la sociedad laica de acuerdo hácia un mismo fin durante largo tiempo, parecen ahora alejarse una de otra. ¿Qué sucedería si esta excisión se prolongara? Privada de una educación cristiana, dejaría de ser religiosa la sociedad civil, acabando por ser extraña á la religión; y la Iglesia, sin influencia en los espíritus, cesaría de intervenir en los destinos de la humanidad, lo cual sería su muerte. ¿Cómo prevenir ese resultado, tan funesto á la sociedad como á la Iglesia? ¿Puede acaso vivir sin religión la sociedad? Precisa empapar el espíritu nacional en las fuentes vivas de la fe cristiana, reanimar en el seno del pueblo la influencia del cristianismo protestante. Pero ¿cómo devolver al protestantismo la influencia que ha perdido? La Iglesia debe asociarse á la vida laica, interesándose en lo que interesa á los hombres; debe *humanizarse*. En este sentido el problema religioso es también una cuestión eclesiástica. La Iglesia se ha hecho extraña á la vida civil y política, y hay que devolverle la flexibilidad y el vigor que le permitan conquistar de nuevo el mundo. El papa ha declarado desde lo alto del Vaticano que Roma no puede reconciliarse con la civilización moderna; mas los hombres que

(1) *Der Protestanten-Verein*. Véase Gov. en el *Disciple de Jésus-Christ*, 1865, t. II, p. 408 y siguientes.

se han puesto á la cabeza de la *Asociación protestante* dicen todo lo contrario: quieren reconciliar el mundo y la Iglesia, regenerarlos por su acción recíproca, y satisfacer las legítimas aspiraciones del espíritu moderno, santificándolas.

Estos rasgos generales indican la posición que pretende tomar la *Asociación protestante* en el conflicto de las pasiones y de los intereses que agitan á la Iglesia y á la sociedad en el siglo XIX. En 1866 comenzó á publicar *hojas volantes* dirigidas al gran público, para hacer comprender á las masas el fin que persigue y para interesarlas en la gran obra de regeneración religiosa que ha tenido el valor de emprender. Tomemos algunos pasajes de estos folletos (1). Hay dos tendencias extremas, excesivas ambas, que la *Asociación* combate abiertamente: la reacción ortodoxa y el materialismo incrédulo. La reacción traspasa todas las exorbitantes pretensiones que la historia cuenta de la Iglesia en la Edad Media. En aquella época estaba la Iglesia en armonía con el movimiento general de los espíritus; á nadie chocaba que fuera intolerante; porque la intolerancia reinaba en las costumbres; mas no sucede lo mismo en el siglo XIX, pues la tolerancia y la libertad están inscritas en nuestras constituciones y grabadas en nuestras almas. El libre pensamiento es nuestra vida, el principio de nuestra civilización, ¡y la Iglesia quiere arrebatarlos un bien sin el cual no podríamos vivir! Muchas veces hemos dicho que van pareadas la ortodoxia y la incredulidad; y, con efecto, si nunca ha sido más audaz la Iglesia en su ambición, jamás ha sido tan absoluta la incredulidad; la impiedad rivaliza en fanatismo con la ortodoxia; no se limita ya á negar las verdades fundamentales del cristianismo, intenta demoler toda religión, toda moralidad; niega á Dios y la conciencia, el alma y el espíritu, y no quiere admitir más que la materia. El siglo XVIII ha sido sobrepujado.

No hay que decir que los protestantes rechazan el materialismo. En vano trata éste de mantener en pié la moral en medio de las ruinas que amontona; y si prevaleciera, dirían los hombres, como los Romanos del tiempo de San Pablo: "Comamos y bebamos, que mañana moriremos." Y los que no tienen qué comer ni qué beber, ¿no tendrían razón

para decir: "Tomemos lo que podamos donde quiera que lo encontremos?" ¿Puede haber cuestión de conciencia, de virtud, de crimen, de justicia, si no hay más que materia? Dejemos esas aberraciones, enfermedad que se produce siempre que se van las viejas creencias; las enfermedades pasan, y el espíritu humano recobrará la salud. Si la enfermedad continuara, si se hiciera crónica, las funestas consecuencias del materialismo moverían á los hombres que se preocupan de los elevados intereses de la conciencia y de la moralidad á echarse en brazos de la reacción religiosa, ántes que exponerse al peligro de una sociedad entregada á los apetitos de la materia. Por nuestra parte, preferiríamos mil veces el catolicismo, áun el ultramontano, al ateísmo brutal de los materialistas de baja estofa. ¡Reflexionen los espíritus libres que hayan abrazado esos errores! La anarquía social conduce fatalmente al despotismo militar, y hasta le da una especie de legitimidad; y del propio modo, el desenfreno del materialismo traería inevitablemente el triunfo de una Iglesia que encadenara la razón.

La *Asociación protestante* no ama más la ortodoxia que la incredulidad; no quiere trabas para la fe, y rechaza las confesiones del siglo XVI. La reacción que pretende restablecer las creencias, ó, por mejor decir, las cadenas que el espíritu humano ha roto, es un movimiento ciego; y con razón dicen los protestantes cuyas ideas exponemos que la vuelta á lo pasado es la más imposible de las imposibilidades. ¡Se pretende que vuelvan los hombres á la fe del siglo XVI, sin reparar que los hombres la han abandonado porque ya no podían creer en ella! ¡Se quiere que el clero recobre su antigua autoridad, y no se advierte que la ha perdido, porque todo lo que se llama dominación clerical es profundamente antipático al mismo pueblo! Así intenta la reacción imponer á la humanidad unas creencias y un yugo que á ningún precio quieren los hombres. En verdad, la locura de los reaccionarios iguala á la de los incrédulos. Juzgad el árbol por sus frutos, dice la Sagrada Escritura. Ahora bien, la ortodoxia ha imperado durante siglos; ¿y qué ha producido? La indiferencia en los unos, la incredulidad en los otros. ¡Y para curar el mal se proponen reforzar la ortodoxia! Es decir, que para curar al enfermo, se agrava, se envenena la causa que ha producido la enfermedad. ¿No es eso un delirio?

(1) *Protestantische Flugblätter*, im Auftrag des Protestanten-Vereins herausgegeben von Zittel, 1866, núm. 1.

Las locuras de la Iglesia, llámese protestante ó católica, han hecho nacer la funesta preocupacion de que el cristianismo está destinado á morir. Y se reconoce de buen grado que ha tenido una gran mision, la de civilizar á las razas bárbaras; pero se añade que esta mision está ya cumplida. El temor del infierno, la esperanza de las recompensas celestiales han formado la educacion de nuestros antepasados; hoy no tenemos ya necesidad de penas ni de recompensas; la ley del deber nos basta, lo cual significa que la moral debe ocupar el puesto de la religion. Hé aquí un nuevo enemigo del cristianismo, enemigo doméstico, nacido en el seno del protestantismo. Esta tendencia reviste mil formas diversas, desde el liberalismo avanzado hasta la incredulidad. ¿Cuál es el limite preciso que separa á la *Asociacion protestante* de ese movimiento mitad cristiano, mitad incrédulo?

Llegamos al lado débil de la *Asociacion protestante*. Esta es una de las fases del protestantismo liberal, pues que no pide sólo la libertad de la iglesia, sino tambien la libertad de la fe, en el sentido de que no quiere un dogma fijo, inmutable. ¿Hasta dónde llega la libertad? Tiene necesariamente un limite. ¿Cuál es ese limite? No se sabe. En uno de sus manifiestos se lee que la *Asociacion* se separa de Strauss y de su escuela; no quiere una doctrina que no conduce más que á negaciones y que no deja casi nada subsistente del cristianismo ni del sentimiento religioso. Su terreno es el de la religion y no el de la crítica; ó cuando ménos, sostiene que la crítica no es más que un medio y la religion el fin (1). Está bien; pero ¿qué es esa religion? El cristianismo protestante. ¿Cuál? ¿El de los reformadores? No, porque ese cristianismo fué formulado en confesiones que los protestantes modernos rechazan. ¿Será, pues, otro cristianismo, una nueva reforma? Tampoco: la *Asociacion* declara que no piensa en un nuevo cristianismo ni en una nueva reforma. Es, por consecuencia, un cristianismo distinto del de Lutero, y, sin embargo, no es una nueva reforma. ¡Qué tejido de inconsecuencias y de contradicciones!

No apuremos demasiado á los órganos de la *Asociacion protestante*. Colocada entre dos opiniones extremas, ni puede ni quiere tener una doctrina definida; es una transicion entre la religion de

(1) SCHENKEL, *Allgemeine kirchliche Zeitung*, 1866, p. 618.

lo pasado y la religion de lo porvenir; las vacilaciones y las inconsecuencias son inevitables en esa situacion. Contentémonos con el espíritu que anima á los protestantes modernos; es el espíritu de la sociedad laica, la libertad y el progreso; no maldicen la civilizacion; creen, por lo contrario, que es la obra del Espíritu Santo, que inspira á los individuos y á los pueblos. Y no es que haya que aceptar ciegamente todo lo que se intitule progreso; pero tampoco se deben lanzar vanas y culpables maldiciones contra los nuevos tiempos y contra las conquistas de la libertad. Las violentas declamaciones de los ortodoxos son lo que aleja á los hombres de la Iglesia; cuando los fieles encuentran la servidumbre al pié de la cruz, abandonan la cruz y se hacen extraños y aún hostiles al cristianismo. La Iglesia debe asimilar los progresos que se han cumplido fuera de ella: ese es el único medio de salvar la religion y la sociedad.

Nada es más verdadero, y con placer trascribimos esas palabras, que contrastan dichosamente con las maldiciones que parten diariamente de Roma. El fin que se propone la *Asociacion protestante* es el del protestantismo liberal, el de los libres pensadores que aman la religion: Dios y la libertad. Hasta nuestros dias, la libertad habia quedado en la sombra; ya ha conquistado su puesto á la luz del sol, y ningun poder humano se lo arrebatará. Precisa que la religion, que la Iglesia tengan en cuenta este hecho de inmensa trascendencia. La Iglesia protestante carece de libertad, es necesario dársela; que es el mejor medio de interesar á los hombres en la religion. Desde que los pueblos son soberanos, van tomando un interes creciente en su destino; dadles la direccion de los negocios religiosos, y dejarán de ser indiferentes. Los hombres que se han hecho libres no soportan ya las trabas que en otros tiempos inventó la Iglesia; es preciso sacrificarlas. La fe libre y la Iglesia libre, esa es la condicion bajo la cual se regenerarán la fe y la Iglesia; y ese renacimiento del sentimiento religioso aprovechará tambien á la sociedad, porque sin religion no hay civilizacion verdadera.

## II.

La *Asociacion protestante* celebró su primera asamblea general en el mes de Junio de 1866, y en

ella presentó Rothe, profesor en Heidelberg, un informe sobre la cuestion siguiente: "¿Por qué medios pueden ser atraídos á la Iglesia los que se han alejado de ella?". El autor goza de una gran reputacion en Alemania, así como entre los reformados de Francia: todos, liberales y ortodoxos, rinden homenaje á su carácter y á su talento, á su piedad y á su ciencia. Las ideas que expresaba constituyen el dominio comun de los protestantes, que se relacionan de cerca ó de lejos con el movimiento de la sociedad moderna; y así lo reconoce el mismo Rothe en una carta que escribió al traductor frances de su informe: se considera, dice, dichoso al hacer constar esta comunidad de ideas y de aspiraciones entre todos los que desean ser cristianos de buena fe (1). Esto es una de esas señales del tiempo que revelan los designios de Dios y el porvenir de la humanidad.

Hay en Alemania, dice el autor, un gran número de personas y hasta clases enteras que se han alejado de la Iglesia. Este alejamiento existe desde hace muchas generaciones, y no consiste únicamente en que se deje de tomar parte en el culto y en las ceremonias religiosas; es algo más que un desprendimiento exterior, porque no se ama ya la Iglesia ni se interesan por ella. ¿Cuáles son los hombres que desertan del cristianismo tradicional? No son, como pudiera creerse, impíos ni libertinos que desprecien la religion y violen la moral, no; son hombres entre todos estimables y que forman la mejor parte de la nacion, son los que se llama cultos, ó, como se dice en Francia, clases letradas. Los partidarios de lo pasado, los hombres de estrecha fe, se complacen en hablar desdeñosamente de los *sabios* y de la ciencia; mas Rothe no participa de ese desprecio de la cultura intelectual. Los hombres que con tal prurito se desdeñan, ocupan el primer rango en el mundo; y si abandonan la Iglesia, el cristianismo tiene que decaer infaliblemente, porque ellos son, en efecto, quienes dirigen la opinion pública, y de ellos procede el movimiento de los espíritus. ¿Qué es una Iglesia que se atrae el desprecio de cuanto hay de inteligente en la sociedad? Este estado de cosas recuerda la decadencia del politeísmo. Los augures, dice Ciceron, no podian mirarse sin reirse; no tardó en establecerse una nueva religion en las ciudades entre

(1) *Le Disciple de Jésus-Christ*, t. II, p. 410, nota.

las clases cultas; la antigua religion no se mantuvo más que en los campos, entre las gentes iletradas, y de ahí el nombre de paganismo. Si las clases letradas continúan desertando de la Iglesia, se dirá del cristianismo lo que en aquellos tiempos se decía de la idolatría: que no es ya bueno sino para los espíritus incultos; se reducirá á ser la religion de los paisanos.

¿Cuáles son las causas de semejante desercion? En este punto reina una extraña preocupacion en el seno de la ortodoxia. Diariamente se oye al papa lamentarse de que la fe se va, de que los últimos dias se acercan, como si el Antecristo estuviese á nuestras puertas. ¿Qué es ese pretendido Antecristo? Los hombres que se alejan de una Iglesia que no tiene ya sus simpatías. Los protestantes ortodoxos se dan á las mismas declamaciones contra el materialismo que invade la sociedad, contra la incredulidad que pierde el sentido de las cosas espirituales; y los pastores creen haberlo hecho todo cuando truenan contra la impiedad, cuando predicán el arrepentimiento á los impíos, amenazándolos con el juicio de Dios. ¡Triste ilusion! Si se preguntáran á qué conducen esas acusaciones contra el espíritu del siglo, verían que las Encíclicas no hacen más que aumentar el número de los incrédulos. ¿Por qué no habria de suceder lo propio con los sermones ortodoxos? Se engañan grandemente al oponer la fe de los buenos tiempos pasados á la incredulidad moderna. Si ántes parecia que habia ménos incrédulos, ménos indiferentes, era porque la intolerancia y la persecucion impedían á los hombres manifestar su pensamiento; mas hoy, que reina la libertad, se tira la máscara, y los hombres se atreven á mostrarse tales como son. Maldecir lo presente y glorificar lo pasado es, pues, condenar la sinceridad y la verdad, es exaltar la hipocresía y celebrar los sepulcros blanqueados que excitaban la santa cólera de Jesús. Si el Cristo volviera á la tierra, dice Rothe, preferiria la generacion actual al viejo tiempo tan ponderado.

Dejemos esas vanas declamaciones y consideremos de cerca los hombres y las cosas. ¿Es verdad que se deba la desercion de las clases letradas á la decadencia de la fe cristiana y del espíritu religioso? Si así fuera, todos los que abandonan la Iglesia deberian ser impíos y libertinos. Pues bien, hay entre ellos, dice Rothe, espíritus religiosos que no quieren romper con el cristianismo, que

reconocen que sólo la religión da al hombre su verdadera dignidad, que sienten la necesidad de la fe, no sólo en teoría y para las masas, sino para sí propios. Prescindan los ortodoxos del orgullo de la fe, sigan á esos pretendidos libertinos en su vida privada y pública, y se verán obligados á confesar que el cristiano más piadoso debe inclinarse ante esos incrédulos con respeto y con un sentimiento de humillación profunda. Esto cambia completamente la faz de la cuestión que constituye el objeto del debate. Si los hombres que desertan de la Iglesia conservan el sentimiento religioso, si son por lo ménos tan morales como los ortodoxos, hay que preguntar por qué no quedan en el seno de la Iglesia.

Rothe responde resueltamente que si se deserta de la Iglesia, no hay que culpar á los que la abandonan, sino á la Iglesia misma. ¿No dió ella que es un poder espiritual? Durante siglos ha ejercido un imperio no disputado sobre las almas, ha tenido la protección del Estado, el apoyo de los príncipes. ¡Y al cabo de esta larga dominación se le escapan las almas! ¿Qué es un poder espiritual que no tiene ya ninguna influencia sobre los espíritus, que no puede conservar á los fieles ni atraerlos cuando se alejan? ¿De qué sirve, si no tiene bastante influencia para ganar los corazones, si tiene, por lo contrario, los miembros más instruidos, más cultos y más morales? ¿Se queja la Iglesia de la incredulidad y de la impiedad, y bajo su dirección y bajo su imperio se han hecho los hombres incrédulos é impíos!

¿Cuáles son las clases, pregunta Rothe, que desertan de la Iglesia? Las que han sufrido la influencia de los sentimientos y de las ideas que se llaman modernos, porque datan del último siglo. Cuando el profesor de Heidelberg habla del siglo XVIII, no hay que pensar únicamente en la filosofía francesa, ni sobre todo en sus excesos, en el materialismo y en el ateísmo. El espíritu nuevo que anima al mundo desde hace cien años tiene su legitimidad; es el espíritu secular, y por él entiende Rothe la aspiración general á la libertad civil y política que condujo á la revolución del 89, así como el movimiento que se produce para difundir en todas las clases sociales más satisfacción y bienestar. La ciencia ha entrado en el mismo camino; ha estudiado la naturaleza con más celo que nunca, se ha apropiado sus fuerzas, y de ahí las

admirables invenciones que abrevian las distancias, unen los continentes y centuplican el poder del hombre. Este desarrollo de fuerza material va acompañado del progreso de la libertad, y tiende á transformar la faz de la tierra, mejorando la condición de todos los pueblos y de todas las clases. La moralidad ha ganado también con la libertad y con el bienestar general, porque es imposible que haya una verdadera moralidad donde la inteligencia es esclava: la emancipación de la razón mejora las costumbres. Así ha progresado la moralidad desde que se han emancipado los hombres de la tiranía que tan largo tiempo ha pesado sobre las clases dependientes: no hay moralidad en el seno de la servidumbre.

Hé ahí la revolución que se viene produciendo desde hace un siglo. Implica una nueva concepción de la vida. Rothe no lo dice en términos tan claros, pero la cosa es evidente. El cristianismo comenzó por ser una religión del otro mundo; los cristianos primitivos esperaban una nueva tierra y nuevos cielos. Aún después que esta ilusión se disipó tuvieron los fieles fijos sus ojos en la vida futura, en otra vida que la de este mundo. Los más celosos, los más ortodoxos, creían que no había más que un medio de hacer su salvación, huir de la sociedad retirándose á un desierto ó á un claustro. Hasta en los tiempos modernos ha sido sentir común de los católicos y de los pietistas protestantes que era preciso morir para el mundo y para sus intereses y afecciones más legítimas. Los reformadores comenzaron por combatir esta falsa concepción, rehabilitando el matrimonio; pero estaban demasiado imbuidos del espiritualismo evangélico para inaugurar una religión nueva, una religión de este mundo. Sólo bajo la influencia de la filosofía, de las ciencias naturales, de la industria, y al choque de las ideas y de los acontecimientos del 89, se ha cumplido esta revolución. Los hombres han abandonado la Iglesia en la cual se les continuaba predicando una religión del otro mundo, cuando ellos estaban sobre todo preocupados de la vida actual, de sus necesidades, de sus intereses, de sus afecciones. De entonces data el divorcio entre la Iglesia y la sociedad, y esa es su verdadera razón.

Volvamos á Rothe, cuyo pensamiento no hemos hecho, creemos, más que interpretar. ¿Qué hizo la Iglesia en presencia de esta revolución en

los sentimientos y en las ideas? Su primera impresión fué la de la antipatía, la de oposición, y nada más natural. ¿No hay entre los partidarios de las nuevas ideas enemigos declarados del Cristo? ¿No quieren demoler el cristianismo alterándolo hasta el punto de que una religión preocupada hasta entonces exclusivamente del otro mundo debe convertirse en una religión del siglo presente? Esta hostilidad contra el movimiento literario, político, religioso de la sociedad moderna estalló con violencia en el seno de la Iglesia católica después del 89. El protestantismo emprendió hácia la misma época un camino más amplio. Era el tiempo en que el racionalismo trataba de concertar la razón con la fe tradicional; pero el racionalismo, llevado á sus últimas consecuencias, arruinaba las bases de la religión cristiana, y espantada la Iglesia protestante á la vista del abismo que los racionalistas abrían en su camino, retrocedió precipitándose en la reacción. Dióse á combatir abiertamente, en nombre del cristianismo, las ideas y las tendencias de la sociedad moderna. La reacción política vino á dar la mano á la reacción eclesiástica; y entonces no tuvo ya límites la ceguedad de los reaccionarios; la Iglesia se hizo partidaria de los principillos, y condenó como irreligiosas las aspiraciones liberales que se manifestaban en toda Alemania. ¿Cómo extrañar que los hombres imbuidos del espíritu moderno prodigaran á su vez el desprecio y el odio á la Iglesia y á la religión cristiana?

¿Existe realmente hostilidad irremediable entre la Iglesia y las ideas modernas? Rothe lo niega; y bajo el amplio punto de vista en que se coloca, tiene razón. Ya hemos dicho en otra parte que el movimiento filosófico del siglo XVIII era en el fondo un movimiento religioso, y que si era anticristiano era porque los filósofos no conocían otro cristianismo que el catolicismo decrepito é intolerante que reinaba en Francia (1). La misma Revolución, con hacer una guerra á muerte á la religión como á todas las instituciones de lo pasado, no era incrédula, ni siquiera hostil al verdadero cristianismo, pues que mantuvo los dogmas fundamentales de la religión natural, que no son otros que los dogmas cristianos (2). El siglo XIX ha dado un nuevo paso

en este camino; el sentido histórico, extraño al siglo pasado, se ha desarrollado poderosamente en el nuestro; y de aquí una equidad, una imparcialidad y hasta una indulgencia en la apreciación del cristianismo que escandalizarían á los libres pensadores, si les fuera dado volver al mundo. Se profesan ideas más justas sobre la religión y la moral, pues mientras los filósofos franceses habrían querido abolir la religión en provecho de la moral, hoy se comprende que la moral no tiene fuerza ni influencia sino cuando descansa en las creencias religiosas: sólo la religión la sostiene y la vivifica. Ahora bien, ¿puede haber una religión fuera del cristianismo? No se crean á voluntad las religiones: á pesar de su omnipotencia, fracasó la Convención cuando quiso fundar un nuevo culto. Y la historia nos enseña que las religiones que reinan hoy en las almas proceden de una religión anterior que las actuales han transformado; que no hay jamás completa solución de continuidad en la marcha de la humanidad, y es siempre lo presente quien engendra lo porvenir. Esto, que es verdad en la religión como en las demás fases de la vida, quiere decir que la religión á la cual aspira la sociedad moderna no podría ser otra que el cristianismo.

Rothe se complace en consignar este hecho. El espíritu moderno, dice, ha convertido de nuevo sus miradas hácia el cristianismo, y le atestigua estima y simpatía. Trata también á la Iglesia con más respeto, por ser el órgano más antiguo del cristianismo y porque hay, de consiguiente, entre aquella y éste unidad de fin y solidaridad de intereses. La Iglesia debe, por su parte, reconciliarse con el espíritu moderno. ¡Que vea adónde conduce la reacción ortodoxa contra el liberalismo religioso! Ella se ha esforzado en reconstruir el cristianismo bajo la forma tradicional, la única legítima á sus ojos, y no le ha faltado el favor de las circunstancias, porque después del 48 se habría creído que los hombres querían volver á lo pasado; de tal manera les espantaba lo presente. Ha habido, en efecto, un recrudescimiento de piedad y un fervor de fe admirables. Rothe es quien habla; pero cuanto más admira los esfuerzos de la reacción, más extraña la debilidad de los resultados. Se han frustrado las más modestas esperanzas; y cuanto más se prolonga la experiencia, mayor es la decepción: es el parto de los montes, y aún ménos todavía, porque no hay nada vivo; son frutos artificiales ingertos en

(1) Véase el *Estudio sobre la filosofía del siglo XVIII y el cristianismo*.

(2) Véase el *Estudio sobre la Revolución*, parte segunda.